

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2-4º1

28013 Madrid

Depósito Legal: M-21588-2005

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

LARRA ENTRELÍNEAS; LOS DIARIOS OCULTOS

(CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA UNIVERSIDAD DE MAYORES
EXPERIENCIA RECÍPROCA, EL 11 DE NOVIEMBRE DE 2002)

Larra es periodista o por lo menos eso se puede desprender de su carrera meteórica a través de nueve publicaciones periódicas, cuya cima está en su contrato espectacular con *El Mundo* y *El Redactor General*. A lo largo de su carrera periodística publicó más de 250 trabajos. A este hecho se suma la circunstancia de que la otra parte de su obra literaria no haya podido eclipsar su magistral dominio de la esencia del artículo, el control de la pluma en un soporte que limita la extensión de la expresión del que escribe.

Nos parece vano insistir en que Larra creó y escribió publicaciones periódicas y que en este soporte está inscrita la mayor parte de su obra, pero dentro de lo que llamamos periódico hay otras muchas cosas que no son periodismo, por ejemplo, la publicidad. Parte del contenido del periódico carece de una cualidad esencial del periodismo: la actualidad.

Larra escribió géneros como el artículo o la crítica, absolutamente anclados en la actualidad, pero no lo suficientemente anclados como para que dejaran de ser actuales al día siguiente de su publicación, sino que su actualidad permanece más de 150 años después.

Por otro lado, domina a la perfección las técnicas periodísticas de su tiempo e incluso, en muchos de sus artículos reflexiona y teoriza acerca de lo que hacen los periodistas. Ahora bien, cuando habla de periodismo o de “lo que debe ser un periodista”, de “quién es su público y dónde se le encuentra”, etc., utiliza la tercera persona, no la primera; se aleja así de lo que expone. Este hecho es muy significativo si

además tenemos en cuenta que una técnica habitual de sus trabajos periodísticos es convertirse en protagonista de una obra reducida de teatro en el que este protagonista es narrador y habla en primera persona.

Por ejemplo, es fundamental para el tema que nos ocupa, tener claro para quién escribe Larra, porque la esencia de un diario es la privacidad, contraria a la esencia pública del periodismo. Y, esto precisamente lo deja clarísimo en el artículo que todos tenemos en mente “¿Quién es el público y dónde se le encuentra?”, porque lo cierra con las siguientes palabras: “Pero ¿a qué me canso? Yo mismo habré de confesar que escribo para el público, so pena de tener que confesar que escribo para mí.” o también es célebre el cierre de “Carta a Andrés escrita desde las Batuecas” que concluye “que aquí ni se lee ni se escribe”. Esto es lo que dice Larra.

Este trabajo se basa precisamente en la hipótesis de no interpretar como ironía o sarcasmo estas palabras del autor. Larra podría estar convencido de que escribía para sí mismo. Si no se interpreta como una ironía, ni tampoco como un sarcasmo, se pueden leer sus palabras simplemente como una confesión.

Esta no es su única confesión. Hay muchas más implícitas y explícitas. Entre las explícitas leemos en “El álbum”:

Ni los colores que han de dar vida al cuadro de las costumbres de un pueblo o de una época pudieran por otra parte tomarse en un cálculo determinado y reducido; la mezcla atinada de todas las gradaciones diversas es la que puede únicamente formar el todo, y es forzoso ir a buscar en distintos puntos las tintas fuertes y las medias tintas, el claro y oscuro, sin los cuales no habría cuadro.

En estas palabras nos acerca a una constante en la última parte de su obra, más exactamente, a algo común a la mayor parte de lo publicado durante el año 1835. Las tintas fuertes son evidentes, pero reconoce la existencia explícita de medias tintas. Los claros son clarísimos, pero los oscuros también son parte de la obra. Se refiere Larra aquí a los cuadros de costumbres y muchos de sus artículos lo son.

Esta clave la podemos extender también a la utilización, tan conocida en Larra de la sátira, ya que en “De la sátira y de los satíricos” afirma con rotundidad que no hay que “dejarse llevar por las apariencias que lo cubren todo con un barniz engañoso”, por lo que, siguiendo su consejo, por lo tanto, se podrían interpretar sus cuadros de costumbres de acuerdo a esta confesión y no sólo desde “la digresión irónica”, sino desde el artículo como “desahogo” colmado “de toda carga afectiva” que es recurrente en los últimos meses de su vida [Enrique Rubio (1984): “Introducción” en Larra,

Artículos. 93-94]¹. Estos “desahogos” íntimos y afectivos son la parte oscura de sus cuadros finales.

Siendo esto así, poco tienen qué ver estos artículos con el periodismo, salvo la lectura literal, que tiene un mensaje claro y explícito que cumple la máxima primera a seguir por el periodista: la claridad. Sólo eso tienen que ver con la narración de los hechos (esencia de la noticia), con la descripción o valoración de la idiosincrasia social y cultural (esencia del artículo de costumbres) y con el primer deber ético del periodista que es informar.

Estos artículos podrían ser, por todo ello, la exposición ordenada de sentimientos profundos que afloran a golpe de acontecimiento externo, son la expresión de experiencias personales vividas y recreadas, son la declaración de creencias y, en algún caso, son profesión de fe, son la esencia personal de Mariano José de Larra. Por eso en el título de este trabajo se enuncia la intención de hablar de diarios y no de artículos.

Ahora bien, las interpretaciones que se pueden hacer de estos artículos finales es el mismo Larra quien las desvela, haciendo luz sobre el lado oscuro de sus cuadros de costumbres. Saca a la luz las llaves que abren la puerta de su corazón y de su alma.

Para poder comprender mejor esta doble lectura de algunos de sus artículos nos parecen significativos una biográfica profesional bastante apegada a la realidad que conocemos y contrastable objetivamente con la vida profesional de Larra; y una profesión de fe. Para la primera interpretación trabajamos con el artículo “Modos de vivir que no dan de vivir. Oficios menudos”, más exactamente con los párrafos dedicados a la trapería, que se publicó en *Revista Mensajero* el 29 de junio de 1835. Vamos a ver que Larra habla en él también y de forma bastante evidente del oficio del periodista y de su propia evolución dentro de esta profesión. En segundo lugar, a través de “Un reo de muerte”, publicado también en *Revista Mensajero* el 30 de marzo de 1835, se puede esconder lo que significa para Larra, como cristiano, la muerte de Cristo en la Cruz condenado por el Hombre, porque al fin y al cabo, Jesucristo, como titula su artículo, fue también “Un reo de muerte”.

¹ Todas las referencias a los artículos de Larra son de la edición Larra: *Artículos*. Introducción de Enrique Rubio, Cátedra, Madrid, 1984. Lo referido a la trapería es de “Modos de vir que no dan de vivir. Oficios menudos”, pp. 352-357 y “Un reo de muerte”, pp. 287-295.

La traperera o el periodista

En el caso de la traperera ya el título nos hace suponer el tema periodístico, porque la poca rentabilidad y reconocimiento de los escritores es universalmente reconocida por todos ellos. Si los escritores piensan en un modo de vivir que no da de vivir es el suyo. No creo que esto plantee algún tipo de duda, más cuando el mismo autor concluye este artículo con las siguientes palabras “ningún *oficio* reconozco *más menudo*, y sirva esto de conclusión, ningún *modo de vivir que dé menos de vivir* que el de escribir para el público [...] más menudo todavía el público que el oficio, es todo lo más si para leerlo a usted le componen cien pesonas”. Además, en varias ocasiones Larra nos pone en la mano la clave de esta interpretación: “La traperera [...] con otra educación sería un excelente periodista [...]; su clase de talento es la misma: buscar, husmear, hacer propio lo hallado” y su cesto es la Prensa “*El Boletín de Comercio* y *La Estrella*, *La Revista* y *La Abeja*, las metáforas de Martínez de la Rosa y las interpelaciones del conde de las Navas, todo se funde en uno dentro del cesto de la traperera”.

Ver en este artículo un ensayo sobre la carrera del periodista resulta fácil si se trastoca la palabra traperera por periodista y su cesto y contenido por periódico o prensa. Para interpretar el artículo sólo tendremos que cambiar la palabra traperera por periodista y su cesto y/o contenido por periódico o Prensa, así seguiremos el camino que el propio autor nos ha marcado. Y así se define al periodista de la siguiente manera, sólo con cambiar el género femenino de la traperera por el masculino genérico de periodista:

- “marcha solo y silencioso”, como el periodista debe andar sólo, en otras palabras, no puede tener amigos, debe ser independiente y no debe llamar la atención, secuela todavía de la Prensa espectadora o ilustrada.
- “su paso es incierto como el vuelo de la mariposa; semejante también a la abeja, vuela de flor en flor sacando de cada parte sólo el jugo que necesita”, dice él, y se puede estar refiriendo a las fuentes del periodista, ya que bebe de cualquiera siempre que le sea de confianza.
- “repáreselo de noche: indudablemente ve como las aves nocturnas”, que es la luz, la información, la publicidad o publicación, frente al oscurantismo y la falta de información del Antiguo Régimen y que se rompe ya con el primer decreto de Libertad de Imprenta de las Cortes de Cádiz. Es también un hecho que el periodista ve donde los demás no han podido ver.
- “registra los más recónditos rincones, y donde pone el ojo pone el gancho [...]; dotado de una sensibilidad y de un tacto exquisitos, palpa, desenvuelve, encuentra, y entonces, por un sentimiento simultáneo, por una relación simpática

que existe entre la voluntad de la trapera-periodista y su gancho, el objeto útil, no bien es encontrado, ya está en el cesto”. Es la información, el objeto, y la publicidad, la Prensa.

- Dice también que “hace en las calles de Madrid los oficios mismos que la calavera en la celda del religioso: invita a la meditación, a la contemplación de la muerte, de que es viva imagen” o de lo que es lo mismo, la vida. En otras palabras, por un lado, es evidente que la Prensa invita o debe invitar también a la meditación y, por otro, conciencia de la fragilidad de la vida, a través de la muerte, que no sería tal sin vida, a través de un medio, el periódico diario, eminentemente efímero.
- “En el cesto de la trapera”, en la Prensa, “vienen a ser iguales, como en el sepulcro, Cervantes y Avellaneda; allí, como en un cementerio, vienen a colocarse al lado los unos de los otros: los decretos de los reyes, las quejas del desdichado, los engaños del amor, los caprichos de la moda; allí se reúnen por única vez las poesías, releídas, de Quintana, y las ilegibles de A***; allí se codean Calderón y S***; allá van juntos Moratín y B***. [...] echan tierra sobre el hombre oscuro, y nada pueden contra el ilustre”. Tenemos aquí, por un lado, autores cuyas obras aparecen en la Prensa, obviando que algunos de ellos, los autores del Siglo de Oro fueron relacioneros y, por lo tanto, periodistas, e incluso algunos colaboraron en Prensa más o menos habitualmente, como Moratín, o dirigieron periódicos, o los crearon, como Quintana. Larra puede querer decir que todos son iguales en el periódico y esto es cierto y, luego, la posteridad los pone en su sitio. Por otro lado, de la influencia que sobre la fama tiene la Prensa ya hablaba en padre Feijoo en 1837 en el discurso “Fábulas Gacetales” de *Teatro Crítico*² que comienza, precisamente, anunciando este poder, que, por lo tanto, no es nada nuevo en los tiempos de Larra.
- El periodista pierde la inocencia según comienza a escribir, consecuencia de tener información y de mezclarse entre otros seres bastante cuestionados moralmente como podrían ser, a juicio de Larra, los políticos. Si Larra hubiera comparado a los políticos con los perros, tendríamos otro acercamiento a la figura del periodista, en este caso político: “Así como el portador de la candela era siempre muchacho y nunca envejecía, así la trapera no es nunca joven: nace vieja; éstos

² Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro: “Fábulas Gacetales” en *Teatro crítico universal o Discursos varios en todo género de materia, para desengaño de errores comunes*. T. VIII. Imprenta de Blas Román. Madrid, 1739. p. 56: “Siendo la Gaceta uno de los principales órganos de la Fama”.

son los dos oficios extremos de la vida, y como la Providencia, justa, destinó a la mortificación de todo bicho otro bicho en la naturaleza [...], así crió en sus altos juicios a la traperera para el perro. Estas dos especies se aborrecen, se persiguen, se ladran, se enganchan y se venden”. Hemos de fijarnos a este respecto que el autor personifica al perro que “se vende” y que la Prensa tiene un fin bastante universal de contrarrestar –para Larra mortificar- al poder político.

A continuación Larra relata cómo ha sido su propia carrera periodística, como la de otros muchos, y cómo suele acabar: pasó de ser un corazón puro y escribir sus verdaderas opiniones en sus periódicos –*El Duende* y *El Pobrecito Hablador*– (su propio producto artesanalmente realizado) a escribir, por vanidad, en los periódicos de otros –*La Revista Española*, *El Observador*, *La Correo de las Damas*, etc–, hasta que se prostituye por vanidad y por dinero al mejor postor –*El Mundo*, *El Redactor General*–. Una vez en esta ideal situación, la de Larra en 1835, sólo queda la decadencia y la decrepitud.

“Ese ser, con todo, ha de vivir, y tiene grandes necesidades, si se considera la carrera ordinaria de su existencia anterior; la traperera, por lo regular (antes por supuesto de serlo), ha sido joven, y aun bonita; muchacha, freía buñuelos, y su hermosura la perdió.” Podemos fijarnos en que la vida profesional de una traperera no se considera habitualmente una “carrera”, pero que la de periodista sí. Haremos notar también que los buñuelos son de elaboración propia, hace ella misma la masa, la fríe y la vende. Los primeros trabajos periodísticos de Larra ven la luz en sus propios periódicos, de creación y elaboración propias, como la traperera los buñuelos y antes de cumplir veinte años. La sanción que hace que se cierre su segundo periódico propio fue una denuncia de Carnerero, empresario periodístico.

Continúa con la vida de la traperera: “un chulo de la calle de Toledo se encargó en sus verdores de hacérselo creer; perdido el tino con la lisonja, abandonó la casa paterna (taberna muy bien acomodada), y pasó a naranjera”. No sabemos si resulta oportuno o “políticamente” correcto por nuestra parte llamar a Carnerero chulo, pero basta con apreciar su carrera periodística y empresarial de los medios para poder apreciar con cuánta habilidad adecua su ideología a la del momento histórico, absolutista en el sexenio absolutista (1814-180), liberal en el Trienio Liberal (1820-1823), Liberal Moderado en la década siguiente, etc. Y es quien contrata a Larra como periodista en su periódico, tras haber intervenido en el cierre de los del joven escritor.

“El chulo no era eterno, pero una naranjera siempre es vista; un caballereite fue de parecer de que no eran naranjas lo que debía vender, y le compró una vez por todas todo el cesto”. No es que Carnerero no quisiera a Larra en sus periódicos, sino que éste consiguió el mejor contrato de la Historia del Periodismo del siglo XIX en España, con *El Mundo* y *El Redactor General*.

A partir de este momento Larra comienza a relatar pacientemente el declive de la trapera-periodista: “la voz pasa, y la hermosura con ella, y con la hermosura los galanes ricos; entonces empezó a bajar de nuevo la escalera hasta el último piso, hasta el piso bajo; luego mudó de barrios hasta el hospital; la vejez por fin vino a sorprenderla entre las privaciones y las enfermedades; el hambre le puso el gancho en la mano, y el cesto fue la barquilla de su naufragio”. Podría tratarse del periodista sin creencias, ya sin escrúpulos, conocido de todos, relacionado con todos y al que cualquier periódico contrata por un sueldo modesto. No fue el caso de Larra, pero sí el de muchos periodistas del siglo XIX. No sabemos qué habría sido de Larra al envejecer personal y profesionalmente, por que, como sabemos, se quitó la vida antes.

“Lena, por consiguiente, de recuerdos de grandeza, la trapera necesita ahogarlos en algo, y por lo regular los ahoga en aguardiente”, como acabaron algunos célebres escritores de periódicos, si no alcoholizados sí empobrecidos, arruinados, etc., dejando a sus familias en situaciones de absoluta precariedad, lo que, junto con otras circunstancias, motivó a finales de ese siglo la creación de la Asociación de la Prensa de Madrid.

Tesoros, podríamos decir, como poder ver los sentimientos más íntimos de Larra. Habla de trapos y harapos, frente a prendas enteras; de mechones de cabellos frente a largas y rubias melenas, nos puede estar hablando del periodismo frente a la Literatura. Podría ser, ya que es obvio que Larra trabajó otros géneros literarios, pero con menos éxito y no pudo vivir de ello, mientras el periodismo sí que le permitió vivir. Finalmente, por si todavía alguno de los cien potenciales lectores que Larra dice poder tener no llega a esta interpretación cierra esta parte del artículo insistiendo en la clave para hacerla, a la vez que se excusa por haber dedicado a este oficio más espacio que a los otros:

“Me he detenido, distinguiendo en mi descripción a la trapera entre todos los demás menudos oficios, porque realmente tiene una importancia que nadie le negará. [...] íntimamente unida con las letras y la imprenta por la del papel, era difícil no destinarle algunos párrafos más”.

Cristo o *Un reo de muerte*

Larra no es el primer escritor que habla de la vida como teatro y en el artículo “Un reo de muerte” de hecho habla de sus aspiraciones como autor teatral en este texto que poco tiene qué ver con el género dramático:

“Cuando una incomprensible comezón de escribir me puso por primera vez la pluma en la mano para hilvanar en forma de discurso mis ideas, el teatro se ofreció primer blanco a los tiros de esta que han calificado muchos de mordaz maledicencia.”

Pero no es de teatro, ni muchísimo menos, de lo que Larra se iba a ocupar y así empieza inmediatamente a utilizar palabras de profundos significados y trascendencia y pasa a hablar de la “humanidad”; no de la sociedad madrileña, no de España 1835, sino de la “Humanidad” desde sus principios, lo cual trasciende en mucho las pretensiones y dimensiones de un artículo de costumbres. Esta es la primera clave.

Luego vuelve al teatro, pero matiza que, esta vez es “al verdadero teatro” al que se hace sin esperar beneficio económico a cambio “a esa sociedad donde sin ensayo ni previo anuncio de carteles, y donde a veces hasta de balde y en balde se representan tantos y tan distintos papeles”.

Y, centrado el tema -la humanidad, como tal, esencialmente mortal-, sigue: “Descendí a ella”, como Dios se hizo hombre y descendió hasta los hombres, la humanidad, a través de Cristo su hijo. Una vez en la tierra, diferente del cielo donde habita Dios Inmortal, pasa a describir el panorama mundano que es el motivo del advenimiento de Cristo, es decir, la redención: “la coqueta, el avaro, el ambicioso, la celosa, la virtud caída y vilipendiada, las intrigas incesantes, el crimen entronizado a veces y triunfante [...]; la imaginación más acalorada no llegará nunca a abarcar la fea realidad.”

En este artículo el escenario, por lo intangible y elevado sobre el público, pasa a ser el cielo. Estas son las diferencias y similitudes que hace Larra: “un rey de la escena depone para irse a acostar el cetro y la corona”, como la deidad de Dios desaparece en Cristo-hombre, “y en el mundo el que la tiene duerme con ella, y sueñan con ella infinitos que no la tienen”, ya que la ambición es condición humana. Cuando Larra escribe que “En las tablas se puede silbar al tirano”, si se refiere al mundo, es utopía, pero en el cielo todo es posible; “en el mundo hay que sufrirle; allí se le va a ver como una cosa rara”, como Dios sólo hay uno y es excepcional, “como una fiera que se enseña por dinero”. Continúa el autor “en la sociedad cada preocupación es un rey;

cada hombre un tirano; y de su cadena no hay librarse; cada individuo se constituye en eslabón de ella; los hombres son la cadena unos de otros”.

Recordemos que Cristo es Rey y que la referencia al campo semántico “Rey” es permanente en este párrafo; además, según los cristianos, Cristo vino al mundo para liberar al hombre de estas cadenas, para salvarlo.

Así, establece Larra la distancia entre Cielo y Tierra, entre Dios y el Hombre. Pero denuncia que aparece entre ambos un elemento nuevo y que este elemento advenedizo que “lo ocupó todo” era político, y podría equipararse, en definitiva a la estructura eclesiástica, la Iglesia y el Clero, lo que viene a enturbiar esta estable y previsible relación. Larra ante una cuestión tan delicada, se convierte en un paladín de habilidad sin igual en la lucha contra el elemento “más político de la religión”. Y, dentro de la religión, evidentemente, es la católica la que debe predominar en el espíritu del articulista, aunque solo sea por factores sociales y culturales. Nada más habitual para Larra que las medias tintas y los oscuros para salvar con mucha dignidad la censura (tiene varios artículos en los que se refiere explícitamente a este tema³) y, con un poco de luz, podremos leer la tinta tenue, que ahora es tinta fuerte y el mensaje claro:

De estos dos teatros, sin embargo, peor el uno que el otro, vino a desalojarme una farsa que lo ocupó todo: la política. ¿Quién hubiera leído un ligero bosquejo de nuestras costumbres, torpe y débilmente trazado acaso, cuando se estaban dibujando en el gran telón de la política, escenas, si no mejores, de un interés ciertamente más próximo y positivo? Sonó el primer arcabuz de la facción, y todos volvimos la cara a mirar de dónde partía el tiro; en esta nueva representación, semejante a la fantasmagórica de Mantilla, donde empieza por verse una bruja, de la cual nace otra y otras, hasta «multiplicarse al infinito», vimos un faccioso primero, y luego vimos «un faccioso más», y en pos de él poblarse de facciosos el telón. Lanzado en mi nuevo terreno esgrimí la pluma contra las balas, y revolviéndome a una parte y otra, di la cara a dos enemigos: al faccioso de fuera, y al justo medio, a la parsimonia de dentro. ¡Débiles esfuerzos! El monstruo de la política estuvo encinta y dio a luz lo que había mal engendrado; pero tras éste debían venir hermanos menores, y uno de ellos, nuevo Júpiter, debía destronar a su padre. Nació la censura, y heme aquí poco menos que desalojado de mi última posición.

³ Por ejemplo, en “La alabanza, o que me prohíban éste”, en “De la sátira y de los satíricos”, en “El hombre propone y Dios dispone, o lo que ha de ser el periodista”, “Ya soy redactor” o “*El Siglo* en blanco” se trata explícitamente la cuestión de la censura y los recursos que el periodista debe y puede utilizar para sortearla.

Larra tampoco está de acuerdo con el reglamento de comportamientos que establece la curia y, si apreciamos el paralelismo con la política que el autor previamente había establecido, volvemos a poder concluir que se opone manifiestamente al poder de la Iglesia frente al verdadero poder del mensaje de Cristo, “el restaurador”, “el libertador”, utilizando palabras que giran en torno al mismo tema, “confieso”; el ciudadano podría ser el cristiano; y el orden es lo que existe, lo real, lo palpable, pero esto no es Dios, por lo que según la política Dios sería desorden, etc.

Confieso francamente que no estoy en armonía con el reglamento; respétole y le obedezco: he aquí cuanto se puede exigir de un ciudadano, a saber, que no altere el orden; es bueno tener entendido que en política se llama «orden» a lo que existe, y que se llama «desorden» este mismo «orden» cuando le sucede otro «orden» distinto; por consiguiente, es perturbador el que se presenta a luchar contra el orden existente con menos fuerzas que él; el que se presenta con más, pasa a «restaurador», cuando no se le quiere honrar con el pomposo título de «libertador».

Larra va mucho más allá cuando asegura que él no se atrevería a creerse nada a este respecto, mientras que, por el contrario, la Iglesia sí lo hace, incluso habla de esperanza, cuando Cristo fue la Esperanza de la Humanidad, pero añade, no habla de ello porque está prohibido y se excusa matizando que no puede ser más explícito:

Yo nunca alteraré el orden, probablemente porque nunca tendré la locura de crearme por mí solo más fuerte que él; en este convencimiento, infinidad de artículos tengo solamente rotulados, cuyo desempeño conservo para más adelante; porque la esperanza es precisamente lo único que nunca me abandona. Pero al paso que no los escribiré, porque estoy persuadido de que me los habían de prohibir (lo cual no es decir que me los han prohibido, sino todo lo contrario, puesto que yo no los escribo), tengo placer en hacer de paso esta advertencia, al refugiarme, de cuando en cuando, en el único terreno que deja libre a mis correrías el temor de ser rechazado en posiciones más avanzadas.

Así que, para finalizar este planteamiento o entradilla de la cuestión, vuelve a advertir a sus lectores de que no puede hablar más y que el éxito de su lucha depende en mayor medida de la interpretación del lector que de lo que puede decir:

Ahora bien, espero que después de esta previa inteligencia no habrá lector que me pida lo que no puedo darle; digo esto porque estoy convencido de que ese pretendido acierto de un escritor depende más veces de su asun-

to y de la predisposición feliz de sus lectores que de su propia habilidad. Abandonado a ésta sola, considérome débil, y escribo todavía con más miedo que poco mérito, y no es ponderarlo poco, sin que esto tenga visos de afectada modestia.

Califica asimismo sus artículos de “parapeto”, quiere decir, Larra se esconde detrás de cada uno y pasa a analizar otra cuestión: los ritos inventados por el hombre y que mediatizan la vida de los hombres y pocas cosas hay más rituales y condicionantes que la Iglesia que podría ocultar que la esencia del mensaje de Cristo, la vida de los cristianos, más cuando estos ritos y costumbres es lo primero que se aprende:

Habiendo de parapetarme en las costumbres, la primera idea que me ocurre es que el hábito de vivir en ellas, y la repetición diaria de las escenas de nuestra sociedad, nos impide muchas veces pararnos solamente a considerarlas, y casi siempre nos hace mirar como naturales cosas que en mi sentir no debieran parecernoslo tanto. Las tres cuartas partes de los hombres viven de tal o cual manera porque de tal o cual manera nacieron y crecieron; no es una gran razón; pero ésta es la dificultad que hay para hacer reformas. He aquí por qué las leyes difícilmente pueden ser otra cosa que el índice reglamentario y obligatorio de las costumbres; he aquí por qué caducan multitud de leyes que no se derogan

La conclusión de toda esta reflexión, que por cierto ocupa la mitad de todo el artículo dedicado, en teoría, a la pena de muerte, puede ser la dificultad que todo lo expuesto añade a la misión libertadora de Cristo: “he aquí la clave de lo mucho que cuesta hacer libre por las leyes a un pueblo esclavo por sus costumbres”.

Larra se acusa de haberse alejado del objeto del artículo, pero si todo lo escrito no fuera objeto del artículo en algún momento de la producción habría sido lógica y eficazmente eliminado. Aún así, centrándose en la pena de muerte -que puede ser sólo la excusa actual y periodística que le permite tratar el tema que le preocupa- acusa a la sociedad, al hombre, de ser verdadero culpable de la ejecución, no a la justicia; este hecho es paralelo a Pilatos no hizo más que lavarse las manos, fue la sociedad – “todos a una” [Mateo 27, 22] y “todo el pueblo” [Mateo 27, 25] quién salvó a Barrabás y condenó a Cristo, incidiendo además en la humanidad de Cristo “uno de sus miembros”, como señalan los evangelistas. San Mateo, por ejemplo, dice “El hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, le matarán” (Mc. 9, 29-31; Lc, 9, 44-45) y cita textualmente “el fatídico grito que desde el amanecer resuena por las calles del gran pueblo”, mientras que el Evangelio narra “Jesús, gritando de nuevo con gran voz, expiró” (Mc. 15, 50; Lc. 23, 49; Jn. 19, 30).

“este grito – continúa Larra- que implora la piedad religiosa en favor de una parte del ser que va a morir”, es Cristo mismo, el hombre, que se dirige a Dios, su padre, en palabras de Mateo “¡Padre mío! Si es posible, pase de mí esta copa”. [Mateo 26,42] y “dando de nuevo un fuerte grito” [Mateo 27,50]

A Cristo le fue leída y notificada su sentencia. “¿Qué os parece? –pregunta el pontífice según Mateo- Contestaron: Reo es de muerte.” [Mt.26, 63-66]. Dios entonces recibe a su hijo, de manos de los hombres. Hasta que llega ese momento en que Cristo se hace Dios resucitado transcurren horas, calificadas de “mortales” por Larra.

“Leída y notificada al reo la sentencia, y la última venganza que toma de él la sociedad entera, en lucha por cierto desigual, el desgraciado es trasladado a la capilla, en donde la religión se apodera de él como de una presa ya segura; la justicia divina espera allí a recibirle de manos de la humana. Horas mortales transcurren allí para él; gran consuelo debe de ser el creer en un Dios, cuando es preciso prescindir de los hombres, o, por mejor decir, cuando ellos prescinden de uno.”

En este particular Vía Crucis, el articulista no se olvida de la debilidad de Cristo al reprochar al padre su abandono en la Cruz, de que el pueblo judío abofeteó a Cristo, lo humilló y negó su deidad, mientras le exige que demuestre lo que niega y ríe ante Cristo coronado y crucificado:

“La vanidad, sin embargo, se abre paso al través del corazón en tan terrible momento, y es raro el reo que, pasada la primera impresión en que una palidez mortal manifiesta que la sangre quiere huir y refugiarse al centro de la vida, no trata de afectar una serenidad pocas veces posible. Esta tiránica sociedad exige algo del hombre hasta en el momento en que se niega entera a él; injusticia por cierto incomprensible; pero reirá de la debilidad de su víctima. Parece que la sociedad, al exigir valor y serenidad en el reo de muerte, con sus constantes preocupaciones, se hace justicia a sí misma, y extraña que no se desprecie lo poco que ella vale y sus fallos insignificantes.”

Pasa después a analizar y relatar lo que podrían ser las distintas reacciones de los discípulos y del pueblo de Cristo ante el acontecimiento:

En tan críticos instantes, sin embargo, rara vez desmiente cada cual su vida entera y su educación; cada cual obedece a sus preocupaciones hasta en el momento de ir a desnudarse de ellas para siempre.

En cuanto a dignidad, debemos reflexionar ante el hecho de que los Evangelios dignifican la muerte y la serenidad de Cristo en la Cruz, aún narrando la salvedad de pedir por él mismo a su Padre y Larra dice:

Por último, el entusiasmo político hace veces casi siempre de valor; y en esos reos, en quienes una opinión es la preocupación dominante, se han visto las muertes más serenas.

Incluso matiza que el que nos enseñó a rezar al Padre es hoy el oidor de nuestras oraciones: “El que hoy canta esa salve se la oirá cantar mañana.”. El reo de Larra, como el hijo de Dios, fue vestido con una túnica y un bonete, en el caso de Cristo corona. El pueblo de Dios contempla la muerte del hombre, la ejecución de la condena de Cristo no es diferente a la de cualquier otro y Larra habla a lo largo de todo el artículo de *Pueblo*, cuando Madrid hace años que ya no lo es:

“¿Qué espera esta multitud? –diría un extranjero que desconociese las costumbres–. ¿Es un rey el que va a pasar, que es todo un espectáculo para un pueblo? ¿Es un día solemne?”. Es el rey de los judíos; Jesús Rey de los Judíos; “ese ser coronado”, palabras de Larra, con una corona de espigas antes de marchar a la Cruz ; “¿Es una pública festividad?”, pregunta el articulista, cuando fue por una festividad por la que se liberó a Barrabás.

La sentencia al final del artículo resulta del todo reveladora: “Ese pueblo de hombres va a ver morir a un hombre.”

Queda incidir en el hecho evidente de que al escritor de este texto de 1835 ya casi no le queda esperanza y que parece estar a punto de rendirse. Pero todavía le quedaban muchos textos por escribir, muchas batallas en las que luchar, antes de quitarse la vida. Durante el año 1835 se esfuerza por defender lo que la censura no le habría dejado defender explícitamente, así son temas implícitos, pero extensamente desarrollados, como los dos ejemplos que hemos visto, como podría ser el libre albedrío de la mujer en la elección de su propio destino, en “El álbum”, por criticar las guerras fratricidas, la carlista más específicamente, en “El duelo” y así podríamos seguir con algunos artículos de ese año.

En conclusión, releendo la parte menos periodística de la obra de este autor, camuflada, o parapetada, como dice él, en una estructura periodística impecable, podemos conocer mejor, no al gran escritor, no al gran periodista, no a un maestro de la sátira, el sarcasmo y la ironía; estaremos más cerca de Mariano José de Larra, un hombre amante de la vida, tolerante y con fe, más en Dios que en el Hombre, reflexivo y preocupado por todo lo que le rodea. Sólo eso, sólo un hombre.

DATOS BIOGRÁFICOS

María del Pilar García Pinacho, Licenciada en Ciencias de la Información y Doctora en Ciencias de la Información, Rama Periodismo, es profesora de Historia del Periodismo en la Universidad San Pablo CEU.

Es autora de:

“La Prensa como fuente y subtema de los Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós”, tesis doctoral *Cum Laude* por unanimidad.

“Larra: pasión juvenil de Galdós”.

“Los libros de viaje en el Sexenio Revolucionario”.

“Pasado, presente y futuro de la Prensa en Amadeo Primero”.

“Galdós y la Generación del 98”

“Canovas y sus colaboraciones periodísticas”.

“Muñoz Seca: un joven autor, colaborador de tres grandes periódicos”.

“Fuentes periodísticas de los Episodios Nacionales de la Guerra de la Independencia”.

“Clarín, la raza del periodista”.

CUADERNOS DE U.M.E.R.

- Nº 1: “Hablar y Callar”. Pedro Laín Entralgo
- Nº 2: “Historia de la Biología Molecular en España”. Margarita Salas
- Nº 3: “Envejecimiento”. Alberto Portera Sánchez
- Nº 4: “Los Mayores: cómo son”. Enrique Miret Magdalena
- Nº 5: “Reflexión cristiana sobre la ancianidad”. José María Díez Alegría
- Nº 6: “Los médicos y las humanidades: Maraón ante la Historia”. Mariano Turiel de Castro
- Nº 7: “Guernica”. José Veguillas Larios
- Nº 8: “Vicisitudes dramáticas de “El Abuelo”. M^a de los Ángeles Rodríguez
- Nº 9: “Curso monográfico: cuatricentenario de Velázquez”. Carmen Díaz Margarit.
Carmen Pérez de las Heras. Alberto Portera
- Nº 10: “Contenido mental, salud y destino”. Víctor López García
- Nº 11: “Aula para Mayores, Universidad de Granada”. Miguel Guirao
- Nº 12: “Los programas universitarios para personas mayores en España”. Norberto Fdez. Muñoz
- Nº 13: “Rumanía: un país de raíces latinas”. Inés P. Arnaiz Amigo
- S/N : Memoria de la “UMER”, Universidad de Mayores Experiencia Recíproca, 1994-1999
- Nº 14 bis: “Historia y memoria de los niños de la guerra (en el siglo XX)”. Alicia Alted Vigil
- Nº 15: “Aspectos Históricos y Literarios de la Gran Vía”. Ana Isabel Ballesteros Dorado
- Nº 16: “Las cooperativas y las personas mayores”. Rafael Monge Simón
- Nº 17: “Los Mayores y la solidaridad”. Padre Ángel García Ramírez
- Nº 18: “Mujeres españolas del siglo XX. María Zambrano”. Carmen Pérez de las Heras
- Nº 19: “Mujeres españolas del siglo XX. María Moliner”. Carmen Pérez de las Heras
- Nº 20: “Los fines de la educación”. Aurora Ruiz González
- Nº 21: “1999: Año Internacional de los Mayores”. Norberto Fernández Muñoz
- Nº 22: “Poesías”. Felicitas de las Heras Redondo
- Nº 23: “Consentimiento informado”. Manuel Taboada Taboada
- Nº 24: “Aproximación a Edgar Neville y su cine”. M^a de los Ángeles Rodríguez Sánchez
- Nº 25: “Xavier Mina: un liberal español en la independencia de México”. Manuel Ortuño Martínez
- Nº 26: “La verbena de la Paloma. La modernidad de su libreto”. Ana Isabel Ballesteros Dorado
- Nº 27: “Breve ronda de Madrid”. María Aguado Garay
- Nº 28: “Una televisión “de” y “para” los mayores. ¿Otra utopía posible?”. Agustín García Matilla
- Nº 29: “A mis 90 años: Por un optimismo razonable”. Enrique Miret Magdalena
- Nº 30: “Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca “UMER” de 1999 a 2004”
- Nº 31: “Larra entrelíneas; los diarios ocultos”. María Pilar García Pinacho

La Universidad de Mayores Experiencia Recíproca (U.M.E.R.) es una entidad estrictamente cultural, independiente de todo credo político o religioso (Art. 4 de sus Estatutos), organizada por profesores jubilados y personalidades de la cultura, con sede en Madrid y de ámbito estatal, cuyos fines son :

- Transmitir a los mayores con curiosidad intelectual, y a los que sin ser jubilados lo deseen, la experiencia acumulada en la vida docente, poniéndola al servicio de la sociedad.
- Fomentar la intercomunicación y la tolerancia.



MARÍA DEL PILAR GARCÍA PINACHO

**LARRA ENTRELÍNEAS;
LOS DIARIOS OCULTOS**



U.M.E.R.

UNIVERSIDAD DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA
SEDE SOCIAL: C/ ABADA, 2-4ºI
28013 MADRID

Larra entrelíneas:
los diarios ocultos

MARÍA PILAR GARCÍA PINACHO

Subvencionado por:



Madrid, 2005